

Davidson y el pragmatismo clásico

Paula Rossi

Universidad de Buenos Aires

Conicet

Resumen: En el presente trabajo me propongo rastrear algunos nexos existentes entre la obra de Donald Davidson (1917-2003) y dos de los mayores exponentes del movimiento pragmatista clásico: Charles S. Peirce (1839-1914) y William James (1842-1910). Con dicho objetivo, partiré de una caracterización básica del pragmatismo clásico; luego, examinaré ciertas concepciones propias del pragmatismo de Peirce y de James con el propósito de establecer afinidades con el pensamiento davidsoniano. Finalmente, y teniendo en cuenta la vinculación anterior, reflexionaré brevemente sobre la vigencia –muchas veces poco reconocida– de las ideas pragmatistas clásicas en el contexto de las discusiones de la filosofía contemporánea.

Palabras clave: Davidson, pragmatismo clásico, filosofía contemporánea, creencia, mundo.

Abstract: “Davidson and classical pragmatism”. In this paper I wish to trace some connections between Donald Davidson’s work (1917-2003) and two major representatives of the classical pragmatist movement: Charles S. Peirce (1839-1914) and William James (1842-1910). I will start with a basic characterization of classical pragmatism; then, I shall examine certain conceptions in Peirce’s and James’ pragmatism, in order to establish affinities with Davidsons’ thought. Finally, and bearing in mind the previous connections, I will reflect briefly on the relevance –often unrecognized– of classical pragmatist ideas in the context of contemporary philosophical discussions.

Key words: Davidson, classical pragmatism, contemporary philosophy, belief, world.

I. La tradición pragmatista clásica

El pragmatismo norteamericano clásico nunca pretendió ser una mera doctrina o escuela de pensamiento. Lo cierto es que no existió una serie de tesis o puntos básicos en los cuales todos los pragmatistas concordaran. Más que un núcleo firme, lo que mantuvo en mutua vinculación a los pragmatistas clásicos fue –dicho wittgenstenianamente– un cierto “parecido de familia”¹. Entre las ideas que, definitivamente, compartieron todos ellos, cabe destacar las siguientes: (1) una concepción no dicotómica de la experiencia, (2) la vinculación entre conocimiento y acción, (3) la defensa del carácter público del conocimiento, (4) el privilegio dado a la experiencia futura y (5) el rechazo a la concepción clásica de la verdad. Veamos, brevemente, en qué consistió cada una de ellas.

El rechazo al pensamiento dicotómico implica, según los pragmatistas, que no hay un comienzo en la reflexión filosófica. Ya no se parte, pues, ni del sujeto frente al objeto, ni del mundo del espíritu frente al mundo de la naturaleza, por la sencilla razón de que no existe una fuente originaria que sirva de referente último de toda reflexión. En rigor, para los pragmatistas, buscar un comienzo absoluto (como lo buscan y creen encontrar los grandes sistemas racionalistas) es presentar una falsa imagen de la filosofía y de su relación con el mundo. De aquí que frente al fuerte dualismo metafísico entre un “yo” que piensa y una “materia” inerte, proponen asignar un lugar privilegiado a la categoría de acción y, solo de la mano de dicha categoría, restablecen la relación sujeto-objeto (pero ya no como términos antagónicos sino como dos polos de un mismo proceso: uno activo, selectivo, espontáneo; el otro, pasivo, indiferente, resistente). En este sentido, el punto de partida elegido no es ni el sujeto ni el objeto, sino una imbricación sujeto-objeto. Dicho con la terminología de Dewey, el punto de partida es una *situación*, esto es, la experimentación por parte del sujeto de objetos que nunca son objetos aislados, sino que están inmersos en un todo contextual de obligatoria

120

¹ Es por ello que cabe hablar del pragmatismo norteamericano clásico como de una tradición y no como de una doctrina o escuela. Dicha tradición se extendió aproximadamente entre los años 1880 y 1930. Sus exponentes más reconocidos fueron Ch.S. Peirce, W. James, J. Dewey, G.H. Mead y C.I. Lewis.

referencia. El sujeto se encuentra, pues, desde el inicio ya relacionado con los objetos.

Ahora bien, al sostener que toda cognición está determinada por cogniciones previas, los pragmatistas conciben al conocimiento como algo no estático o dado, sino como un proceso continuo, temporal y fundamentalmente revisable. El tipo de saber que persiguen se opone, pues, a todo pensar que se alce con la pretensión de descubrir (de una vez y para siempre) la naturaleza intrínseca de los objetos o la verdad última que funcione como el fundamento estable y absoluto de la realidad. La célebre *máxima pragmatista*² da cuenta de ello al otorgar un lugar privilegiado a la experiencia futura. Dicha experiencia es especial ya que resulta ser siempre la única fuente segura para juzgar nuestras creencias. Creencia y realidad van de la mano: no porque encontremos en la experiencia las causas de nuestras creencias, sino porque encontramos en ella sus consecuencias. Y la insistencia en los fenómenos consecuentes (ya no en los antecedentes) es el punto fundamental para comprender a la filosofía pragmatista como filosofía de la acción.

Vemos así, pues, que los pragmatistas rechazan la concepción clásica de la verdad. La verdad pasará de ser “adecuación de la cosa con el intelecto” (tal como sostenían los racionalistas) a adquirir un valor instrumental, funcional. Sin embargo, ello no implica de ninguna manera que los pragmatistas se comprometan con un subjetivismo escéptico o con una concepción individualista de la verdad. Por el contrario, aunque la justificación de la verdad radique en realizar bien una función, los pragmatistas plantearán diferentes criterios de verdad y defenderán, por sobre todas las cosas, un acceso público a la misma.

Este conjunto de rasgos nos introduce en la médula del pensamiento pragmatista clásico y nos ofrece un panorama amplio de las razones por las cuales filósofos como Charles Peirce y William James se han dado en llamar pragmatistas. Teniendo en cuenta este panorama, a continuación nos detendremos a examinar algunos aspectos centrales de la filosofía de cada uno de dichos pensadores que, a mi parecer, encuentran respaldo y continuidad en el pensamiento davidsoniano.

² La máxima será enunciada más adelante.

II. Peirce y Davidson: creencias, acciones y método abductivo

Charles Peirce³, además de haber sido el fundador del pragmatismo y el padre de la semiótica moderna, fue un gran científico preocupado por la construcción de una lógica normativa y metódica de la investigación científica. Su amor a la ciencia y, fundamentalmente, a la investigación experimental permite dar cuenta de su concepción del pragmatismo como *teoría del significado*. Dicha teoría se concretó en su conocida *máxima pragmática*. Ella dice: “Consideremos qué efectos, que pudieran tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto”⁴. Peirce propone esta máxima como un buen método por el cual podemos determinar el significado de los conceptos utilizados tanto por nosotros mismos como por cualquier otro hablante. Como es posible observar, según su parecer el significado de un término no depende de una representación mental o de algún tipo de entidad ideal. El significado de un término depende, por el contrario, enteramente de sus consecuencias prácticas.

En este punto, ya podemos establecer una primera conexión entre el pensamiento de Peirce y el de Davidson: ambos autores vinculan el significado de una expresión con un contexto determinado de interacción práctica con la realidad. Según Peirce, nada puede haber en la mente que sea significativo y carezca a su vez de efectos sensibles. Nuestra concepción del objeto es la concepción de sus efectos sensibles. Y, ciertamente, nuestra concepción de los efectos sensibles de un determinado objeto debe ser consistente con nuestra concepción de los efectos sensibles de otros objetos y de la realidad en general. Davidson, por su parte, cuando aborda la problemática de cómo construir una teoría del significado, tampoco se pregunta qué es el significado, sino que directamente relaciona el problema del significado con el problema de la interpretación y la comunicación entre hablantes⁵. En este sentido,

³ La producción intelectual de Charles Peirce (1839-1914) suele dividirse en cuatro etapas cuyas características fundamentales son: 1. Platonismo (1859-1861), 2. Teoría de los signos (1866-1870), 3. Pragmatismo (1870-1884) y 4. Sinejismo (1885-1914). Nuestro interés es ahondar en el Peirce de la tercera etapa.

⁴ Peirce, Charles S., “Cómo hacer nuestras ideas claras”, en: *Mi alegato a favor del pragmatismo*, Argentina: Aguilar, 1971, p. 69.

⁵ Ciertamente, en el núcleo de su propuesta, Davidson sostiene que una teoría del significado para un lenguaje natural debe ser asimismo una teoría de la verdad. Y

sostendrá que una teoría del significado conlleva a *interpretar* cómo las emisiones de un hablante se relacionan con el mundo en una situación específica⁶. De acuerdo con lo visto, pues, parece claro que tanto Peirce como Davidson comparten una visión verificacionista, holista y social del significado: el significado de nuestros términos depende del papel que cumplan en un contexto determinado. Fuera de dicho contexto, nada podemos decir sobre el significado de unas emisiones. Las palabras no tienen significado en sí mismas.

Para seguir indagando en las similitudes que presenta el tratamiento de algunos ejes del pensamiento de Peirce y el de Davidson, es importante adentrarnos en el célebre artículo de Peirce “La fijación de la creencia” (1877). Allí, Peirce comenta que el objetivo de toda indagación y todo pensamiento no es otro que liberarnos del estado de insatisfacción que produce la duda⁷ y garantizarnos el estado de satisfacción que se alcanza con la creencia. Lo cierto es que la obtención de una creencia suprime el estado de duda y produce un estado de tranquilidad al que no estamos dispuestos a renunciar para adquirir creencias diferentes. ¿Y cuál es la razón por la que es tan importante suprimir el estado de duda? Porque una vez adquirida la creencia, encontramos el fundamento de la acción. En otras palabras, la creencia conduce a la fijación de un hábito de acción o conducta, esto es, nos dispone a actuar de un modo concreto en determinado tiempo y lugar. Ahora bien, teniendo en cuenta la importancia de generar creencias, Peirce evalúa en ese mismo artículo diversos métodos existentes (mediante los cuales los hombres han procurado a lo largo de la historia luchar contra la duda y fijar creencias) para dar cuenta de cuál de ellos es el más conveniente. Luego de analizar el método de la tenacidad, el de la autoridad y el método *a priori*, Peirce analiza

encuentra que la teoría de la verdad tipo Tarski funciona como teoría del significado (con la condición de que sus axiomas no lógicos sean finitos en número). De esta manera, Davidson liga verdad y significado y se compromete con una concepción del significado en la cual es necesario precisar condiciones de verdad de una sentencia para conocer su significado. Ahora bien, teniendo en cuenta los fines estrictos de este trabajo, analizaremos la propuesta de Davidson sin ahondar en sus reflexiones específicas sobre la teoría de la verdad tarskiana.

⁶ En esto consiste, según Davidson, la diferencia entre traducir e interpretar: mientras en la traducción lo que buscamos es relacionar las palabras del lenguaje objeto (lenguaje traducido) con las palabras del lenguaje sujeto (lenguaje al que se traduce), la clave de la interpretación consiste en relacionar las palabras del lenguaje objeto con el mundo.

⁷ Cabe señalar que la duda peirciana difiere de la clásica duda cartesiana en que no es posible provocarla. Plantear una proposición en forma interrogativa no es tener duda alguna. La duda verdadera y real es independiente de lo que deseamos, simplemente aparece o no aparece.

el llamado “método científico”. Según su parecer, este último es el único que –evaluado con criterios semejantes a los demás métodos– reúne las condiciones necesarias y suficientes para cesar eficazmente con la incertidumbre. El método científico libera el pensamiento de toda duda y permite obtener pautas de acción cada vez más fiables, más estables, debido a que determina creencias por “algo permanente externo”, es decir, por una realidad independiente de nuestras opiniones⁸.

No obstante, aunque una vez adoptado el método científico las incertidumbres disminuyen, podemos seguir encontrando ciertos inconvenientes para fijar creencias. La causa de ello es que la experiencia puede enfrentarnos, de vez en cuando, a hechos inesperados. En dichos casos, Peirce destaca la función –dentro del método científico– de una forma de razonamiento llamada *abducción*. Los razonamientos abductivos son aquellos que nos permiten adoptar una hipótesis frente a hechos sorprendentes de la experiencia. La forma lógica de este tipo de razonamientos es la siguiente: “Se observa un hecho sorprendente, C; pero si A fuera verdadera, C sería un hecho corriente; por lo tanto, hay razón para sospechar que A es verdadera”. Como es posible observar, de lo anterior no se deriva que A sea verdadera, sino únicamente que hay razones para considerarla verdadera. Ahora bien, si nos guiamos por dichas razones y adoptamos A para explicar el hecho sorprendente C, el paso siguiente será delinear las consecuencias experimentales probables de A (ese paso se conoce como *deducción*) y, si las predicciones deducidas de A son verificadas, el hecho C pierde su factor sorpresivo y se incorpora en nuestras creencias como un hecho corriente. En caso contrario, debemos apelar a un nuevo razonamiento abductivo.

Pasemos ahora a examinar ciertos aspectos de la explicación davidsoniana de la interpretación y comprensión para dar cuenta de su familiaridad con elementos del proceso de investigación peirciano. Para ello, en primer lugar, cabe mencionar que Davidson comparte con Peirce un doble punto de partida: no solo existe, para ambos, una conexión íntima entre

⁸ La hipótesis fundamental del método científico es la siguiente: “Hay cosas reales, cuyos caracteres son enteramente independientes de nuestras opiniones acerca de ellos; esos reales afectan nuestros sentidos... y aunque nuestras sensaciones son tan diferentes como nuestras relaciones con los objetos, no obstante... podemos averiguar mediante el razonamiento cómo son las cosas real y verdaderamente” (Peirce, Charles S., “La fijación de la creencia”, en: *ibid.*, p. 48).

creencias y acciones⁹, sino que además ambos comparten la opinión de que existe una realidad externa, permanente y objetiva gracias a la cual podemos contrastar creencias y justificar, asimismo, la suposición de una cierta coincidencia entre las creencias básicas de diferentes hablantes. En segundo lugar, es importante rescatar que Davidson –también al igual que Peirce– concibe a las palabras como herramientas para la acción y la comunicación. Esto último implica para Davidson que no existen reglas estrictas o convenciones a partir de las cuales explicamos el funcionamiento del lenguaje. Por el contrario, la tesis que Davidson defiende es que aquello que significa una preferencia se comprende solo dentro de una situación comunicacional. Es decir, nuestras palabras no significan nada fuera de nuestras prácticas comunicativas cotidianas. Y es en la comunicación exitosa entre dos hablantes donde reside el origen del significado¹⁰.

Es bajo estos supuestos, y como prueba fuerte de la tesis anterior, que Davidson relata en “A Nice Derangement of Epitaphs” la manera en que un intérprete es totalmente capaz de comprender el significado de las palabras de un hablante que usa el lenguaje de un modo desviado (por ignorancia, inadvertencia o a propósito). El ejemplo que describe allí es el que da título al mismo artículo: la señora Malaprop utiliza la expresión “una linda confusión de epitafios” cuando lo que realmente quiere decir es “un buen ordenamiento de epitafios”. Como es evidente, lo que la señora Malaprop está haciendo es, pues, utilizar ciertas palabras pero sin su significado convencional. Y, aun así, Davidson afirma que podemos entenderla y comunicarnos. ¿Cómo lo hacemos? De la siguiente manera: la advertencia del malapropismo por parte del intérprete surge a partir del fracaso de la implementación de la *teoría*

⁹ Davidson sostiene que la fuente de nuestras creencias y deseos no es otra que ciertos rasgos del entorno real, esto es, eventos físicos objetivos; y que es a partir de dichos eventos que generamos creencias, las cuales constituyen razones para actuar. Más aun, en su primer modelo de la acción intencional, Davidson mantendrá que las creencias del hablante operan no solo como razones (que nos facilitan una explicación o justificación racional de las preferencias y acciones del individuo en cuestión), sino también como causas que ocasionan la aparición de un evento determinado. Dicho de otro modo, las razones que explican racionalmente una acción funcionan asimismo como causas de la misma. Cf. Davidson, Donald, “Actions, Reasons and Causes”, en: *Essays on Actions and Events*, Oxford: Oxford University Press, 1980.

¹⁰ Cf. Davidson, Donald, “Communication and Convention”, en: *Truth and Interpretation*, Oxford: Clarendon Press, 1984; cf. Davidson, Donald, “A Nice Derangement of Epitaphs”, en: Grandy, Richard E. y Richard Warner (eds.), *Philosophical Grounds of Rationality*, Oxford: Clarendon Press, 1986.

previa del intérprete, esto es, surge del fracaso de la implementación de la interpretación estándar de las palabras del hablante. Frente a tal fracaso, el intérprete se ve forzado a abandonar la teoría previa y a sustituirla por lo que Davidson denomina una *teoría al paso*. Así llegamos a otro de los puntos donde la explicación davidsoniana se asemeja al pensamiento de Peirce. Lo cierto es que la descripción que Davidson hace de las *teorías al paso* del intérprete contiene notas similares a la descripción peirciana de los razonamientos abductivos. Veamos por qué. En primer lugar, en ambos casos el individuo se enfrenta a una situación inesperada que resulta un obstáculo a superar. En segundo lugar, dicha situación, también en ambos casos, obliga al individuo que la enfrenta a abandonar su forma habitual de comprensión y a adoptar una nueva estrategia. En tercer lugar, tanto la abducción como las *teorías al paso* se caracterizan por ser modos creativos pero al mismo tiempo modos económicos de resolución de la situación sorpresa¹¹. Finalmente, la nueva hipótesis (sobre el posible significado de la expresión utilizada por el hablante o sobre el hecho sorprendente de la realidad) tiene éxito si sus consecuencias en la práctica revelan satisfacción. En síntesis, como es posible observar, la explicación davidsoniana de la interpretación y comprensión resulta familiar en varios aspectos a la descripción del proceso de investigación peirciano.

Teniendo en cuenta los análisis precedentes, podemos concluir que el tratamiento de algunas de las temáticas del pensamiento de Davidson revela cierta afinidad con concepciones básicas del pragmatismo de Peirce. Fundamentalmente, podemos resumir los puntos donde el pensamiento de ambos autores convergen en los siguientes: (1) defensa de una concepción verificacionista, holista y social del significado; (2) importancia dada a la realidad externa como fuente principal de nuestras creencias; (3) interdependencia entre pensamiento, lenguaje y acción; y (4) uso del método abductivo.

III. James y Davidson: mente, mundo y la crítica al tercer dogma del empirismo

126

En la presente sección intentaré demostrar que existen ciertos puntos de encuentro entre el pragmatismo de James y el pensamiento davidsoniano.

¹¹ Los razonamientos abductivos, al igual que las *teorías al paso*, requieren del ingenio y la capacidad creativa del intérprete. No obstante, no es bueno que dicha creatividad sea extrema ya que, en general, las hipótesis que mejor responden y resuelven las situaciones sorpresa son aquellas más fáciles de pensar y comprobar.

Con este objetivo, nos adentraremos en la reflexión jamesiana sobre la relación cognoscente/conocido. Tal como veremos, es en el tratamiento de esta cuestión y en el análisis de las consecuencias que se derivan del mismo donde el pensamiento de James y Davidson convergen.

Aunque en un acto de generosidad William James¹² atribuyó sus ideas centrales a la influencia de Peirce, lo cierto es que –sumergido en problemas morales, religiosos y filosóficos– redefinió el método pragmático como un método para la experimentación y la acción. Así, por ejemplo, James aplicó el método no solo para definir conceptos, sino también para resolver controversias y evaluar el significado de nuestras ideas y creencias en general¹³. En este contexto, se comprende por qué una de sus preocupaciones más profundas consistió en elucidar la relación cognoscente/conocido. Pero antes de abordar el tratamiento de dicha relación, es necesario examinar brevemente los siguientes dos aportes jamesianos al campo del análisis de lo mental: (1) la importancia del hábito como una segunda naturaleza que influye tanto en nuestra vida física como mental, y (2) la caracterización de la conciencia como “flujo”. Dichos aportes, a mi parecer, son cruciales para comprender cabalmente sus reflexiones sobre la relación mente/mundo.

En relación con la importancia del hábito, James sostendrá que el hábito “simplifica los movimientos exigidos para producir un resultado determinado, los hace más perfectos y disminuye la fatiga”¹⁴. El hábito nos permite desenvolvemos satisfactoriamente en un medio, sin hacer necesaria una atención consciente en la realización de todos nuestros actos. Y en un mundo que crece y cambia permanentemente, el hábito se convierte, pues, en una

¹² William James (1842-1910), además de haber sido un reconocido filósofo, fue médico y psicólogo. Aunque no ejerció la medicina, sí se dedicó a realizar investigaciones psicológicas. En su primera gran obra, *Principios de psicología* (1890), se encuentran compilados los diversos aportes que introdujo en el campo de la psicología. Como filósofo, se destacan sus obras *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902), *Pragmatismo* (1907) y *Ensayos sobre empirismo radical* (1913).

¹³ Cuando James amplía el alcance del método pragmático, Peirce redacta una exposición del origen del pragmatismo (“What Pragmatism Is”) para que su posición no sea confundida con la versión “simplificada” y “deformada” presentada por James. Además, decide rebautizar su propia teoría con el nombre de “pragmaticismo”, palabra que, como él mismo dice, “es tan desagradable que está a salvo de todos los plagarios” (Peirce, Ch. S., “What Pragmatism Is”, en: Hartshorne, Ch. y P. Weiss (eds.), *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1934, vol. V, p. 227).

¹⁴ James, William, *Principios de psicología*, Buenos Aires: Glem, 1945, p. 113.

herramienta crucial del hombre para acompañar y guiar dicho crecimiento y cambio. Por otro lado, en relación al tratamiento que James ofrece de la naturaleza de la conciencia, la novedad de su propuesta consiste en que describe la vida mental como flujo o corriente mutable. Y acorde con esta postura, sostiene que no hay objetos mentales y, además, determina que las metáforas más adecuadas para hablar de lo mental no son palabras como “cadena” o “serie”, sino “río” o “arroyo”. Indudablemente, con los aportes precedentes se evidencia la preocupación de James por caracterizar a la conciencia como “anclada” en el mundo. Y es íntimamente vinculado a esta caracterización que James se compromete con la *doctrina del empirismo radical*, la cual nos ofrece algunos detalles más puntuales sobre la relación mente/mundo.

La *doctrina del empirismo radical* consta, según el propio James, de un postulado, la enunciación de un hecho y, por último, de una conclusión generalizada, que dice exactamente lo siguiente: “El postulado dice que las únicas cosas que se debatirán entre filósofos serán cosas definibles en términos obtenidos de la experiencia... La enunciación de un hecho consiste en que las relaciones entre las cosas... son un asunto de tan particular y directa experiencia, ni más ni menos, como las cosas mismas. La conclusión generalizada se refiere a que, por lo tanto, las partes de la experiencia se mantienen unidas entre sí por relaciones que en sí mismas son partes de la experiencia. El universo directamente aprehendido no necesita, en suma, ningún apoyo extraño metaempírico porque posee en sí mismo una estructura concatenada o continua”¹⁵.

Como se puede observar, dicha doctrina sostiene que la experiencia nos ofrece directamente todos los elementos y conexiones de lo real. Pero no solo eso. La idea de fondo que hay detrás de esta doctrina es la siguiente: hay solamente un tejido o materia prima del cual está formado todo el mundo. En otras palabras, James piensa que la experiencia es una y pura y que, por lo tanto, “pensamiento” y “materia” no constituyen realidades diferentes. No hay dualidad sujeto-objeto. Por el contrario, lo que entendemos por “pensamiento” y “materia” es, en cada caso, solo un atributo funcional de una realidad que no es ella misma autoescindida. En breve, lo que la experiencia representa (lo subjetivo) y lo representado (lo objetivo) es numéricamente lo mismo pero recibe nombres diferentes en tanto cumple diferentes funciones en diferentes

¹⁵ James, William, *The Meaning of Truth*, Nueva York: Longman Green and Co., 1911, pp. xvi-xvii (traducción propia).

contextos. Para comprender mejor esta idea, James nos ofrece el siguiente ejemplo: “el papel visto y la visión de él son solo dos nombres para un hecho indivisible que, propiamente llamado, es el *datum*, o el fenómeno o la experiencia. El papel está en la mente y la mente está alrededor del papel, porque el papel y la mente son solo dos nombres que se dan después de la experiencia, cuando, considerada en un mundo más amplio del que forman parte, sus conexiones se trazan en diferentes direcciones”¹⁶.

Este es el núcleo del monismo epistemológico no reduccionista de James. Y el punto clave aquí es percatarse de cómo James se opone rotundamente a la posición cartesiana que sostiene el carácter sustancial de la conciencia que refleja pasivamente la cosa exterior; esto es, a la idea de un “yo que piensa” frente a una “materia inerte”. Más aun, debemos advertir que James rechaza la idea de intermediarios epistemológicos: la conciencia es básicamente un “flujo o corriente mutable” interior constituida del mismo tejido o materia prima que el mundo exterior. No hay pensamientos y cosas, solo hay “experiencias”. Y el motor de todas las experiencias es la intencionalidad humana. A partir de fines e intereses particulares, el hombre se vincula con el mundo. Pero en tanto el hombre se relaciona de manera activa y selectiva con el mundo que lo rodea, James concluye que sus creencias sobre lo real nunca son definitivas. Por el contrario, toda creencia es para James susceptible de cambios y revisiones. No obstante, James afirma que nuestro pensamiento y lenguaje se han originado históricamente y gradualmente y es así como explica que compartamos con otros sujetos un acervo de creencias comunes que difícilmente ponemos en duda o abandonamos¹⁷. También es así como, en general, forjamos hábitos, conseguimos entablar un vínculo fructífero con lo real y nuestras conductas (verbales o no verbales) resultan accesibles a nuestros conocidos y desconocidos¹⁸.

¹⁶ *Ibid.*, p. 49.

¹⁷ Dice James: “en cuestiones de creencias somos todos extremadamente conservadores... Las más violentas revoluciones en las creencias de un individuo dejan en pie la mayor parte del antiguo orden” (James, W., *Pragmatismo. Un nuevo nombre para antiguos modos de pensar*, Madrid: Sarpe, 1984, p. 70).

¹⁸ Por lo visto, aun cuando James defiende una interpretación instrumentalista de la creencia, no por ello deja lugar a que cualquier tipo de fantasía se proponga como creencia. De hecho, James se niega a caer en el subjetivismo o relativismo. De aquí que señale explícitamente que la adquisición de las creencias no se da en tanto estas nos son satisfactorias en el sentido de ser agradables psicológicamente, sino más bien en tanto sus consecuencias quedan confirmadas por la experiencia. Además, una creencia, para ser aceptada, debe ser coherente con el resto de nuestras creencias.

Ahora bien, tal como intentaré demostrar a continuación, estas ideas jamesianas sobre la relación mente/mundo encuentran cierto respaldo en el pensamiento davidsoniano en tanto anticipan claramente la crítica davidsoniana a los dualismos objetivo-subjetivo y contenido no interpretado-esquema conceptual.

Las afinidades entre James y Davidson comienzan a evidenciarse en el momento en que Davidson rechaza la concepción de la mente como dotada de estados y objetos privados y, en contraposición, afirma que solo es posible hablar de “estados mentales”¹⁹. Así, Davidson se opone, al igual que James, a la tradición cartesiana y, con ello, al dualismo subjetivo-objetivo y a la concepción de las sensaciones como intermediarios epistémicos. Siguiendo su propia argumentación, Davidson sostendrá que si partimos de la idea de que son nuestras sensaciones las que justifican nuestras creencias, entonces, se produce un abismo insuperable entre lo subjetivo (nuestras sensaciones y creencias) y lo objetivo (los eventos físicos). Y Davidson, al igual que James, está convencido de que lo mejor es abandonar la dicotomía subjetivo-objetivo. En su lugar postula, por lo tanto, que nuestras creencias (y, asimismo, el significado de nuestras preferencias) se derivan de una situación en la que el hablante se encuentra –junto a otra persona que posee lenguaje– frente a un mundo compartido (situación de triangulación). En dicha situación es posible encontrar relaciones de similitud entre los objetos observados y las conductas lingüísticas de ambas personas debido a que es en el proceso de triangulación mismo donde emerge todo pensamiento y lenguaje.

A partir de esto último, Davidson concluye que el contenido de nuestras creencias viene dado por objetos y eventos objetivos del mundo. Y de ello se sigue, a su parecer, que las preferencias que expresan nuestras creencias y las creencias mismas, al ser “correctamente comprendidas como creencias acerca de cosas y eventos que causan esas creencias y oraciones... deben ser fundamentalmente verídicas”²⁰. En otras palabras, Davidson sostiene que no puede existir un sistema (coherente) de creencias que resultaran ser masivamente falsas en lo que hace a su relación con el mundo. De aquí que,

130

¹⁹ Los estados mentales no son otra cosa que “actitudes proposicionales”, esto es, estados intencionales o actitudes acerca de algo en el mundo. De aquí que exista un íntimo vínculo entre dichas actitudes y las emisiones lingüísticas (preferencias) de un hablante.

²⁰ Davidson, D., “Empirical Content”, en: *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford: Clarendon Press, 2001, p. 174.

por ejemplo, al momento de llevar a cabo la interpretación de las preferencias de un hablante, cuyo significado desconocemos, sea fundamental aplicar el *principio de caridad*, esto es, suponer no solo que compartimos creencias sobre el mundo, sino también suponer que el hablante sostiene como verdaderas sus preferencias. Todo lo anterior conduce a Davidson a explicar la situación de interpretación sin la necesidad de postular un nexo epistémico entre mente y mundo. Las sensaciones, pues, no funcionan para él como intermediarios epistémicos, sino como meros intermediarios causales. En otras palabras, las sensaciones causan creencias pero no las justifican²¹. Justificamos nuestras creencias a partir de otras creencias (coherentismo). Pero de esto último no se infiere que quedemos encerrados en el círculo de nuestras creencias. Por el contrario, al eliminar el dualismo subjetivo-objetivo, carece de sentido para Davidson aislar las creencias del mundo. Además, si el coherentismo davidsoniano implicara quedar encerrado en el círculo de nuestras creencias privadas, entonces sería aceptable para su filosofía la existencia de esquemas conceptuales o sistemas de creencias inconmensurables. Pero ciertamente Davidson niega el relativismo conceptual. En efecto, no hay para Davidson esquemas conceptuales distintos entre sí porque no hay lenguajes intraducibles. Todo lenguaje es traducible porque todo lenguaje es acerca del mundo y el mundo que nos rodea es compartido. De aquí que, aunque puedan existir diferencias en nuestras creencias, nunca habrá inconmensurabilidad total. En el más grave de los casos, estaremos frente a una indeterminación de la traducción.

En síntesis, es en esta crítica al *tercer dogma del empirismo* donde se evidencia el nexo entre el pensamiento de Davidson y James: ambos filósofos se oponen a concebir la relación mente/mundo cartesianamente y, en contraposición, afirman una relación directa entre mundo y creencia. No hay un sujeto enfrentado a un objeto en tanto ambos forman parte de una misma matriz. Y dicha matriz, lejos de ser subjetiva, es intersubjetiva.

De acuerdo con lo visto en esta sección, podemos concluir que el tratamiento de algunas de las temáticas del pensamiento de Davidson revela

²¹ “La relación entre una sensación y una creencia no puede ser de carácter lógico, pues las sensaciones no son creencias ni otras actitudes proposicionales. ¿Cuál es, entonces, la relación?... la relación tiene que ser causal. Las sensaciones causan algunas creencias, y en *este* sentido constituyen la base o sustento de esas creencias. Pero una explicación causal de una creencia no muestra cómo o por qué está justificada la creencia” (Davidson, D., “A Coherence Theory of Truth and Knowledge”, en: Malachowski, A. (ed.), *Reading Rorty*, Massachussets: Basil Blackwell, 1990, p. 125).

cierta afinidad con concepciones básicas del pragmatismo de James. Fundamentalmente, podemos resumir los puntos donde el pensamiento de ambos autores converge en los siguientes: (1) la mente no es una sustancia, (2) no hay objetos mentales, (3) no hay dualismo subjetivo/objetivo, (4) no hay intermediarios epistémicos entre mente y mundo, y (5) argumentación contra el relativismo y el escepticismo.

Algunas observaciones finales

La influencia histórica del movimiento pragmatista clásico en filósofos contemporáneos no debería ser exagerada. No obstante, lo cierto es que la forma en que los pragmatistas clásicos abordaron ciertas temáticas posee una vigencia y actualidad que impregna definitivamente la filosofía anglosajona contemporánea. Al trazar los nexos entre la obra de Davidson y el pensamiento de Peirce y James, he intentado demostrar que las ideas davidsonianas, lejos de ser un producto exclusivo de la matriz neopositivista y analítica, hunden sus raíces más profundas en la tradición pragmatista clásica.